

Resumen de la temporada

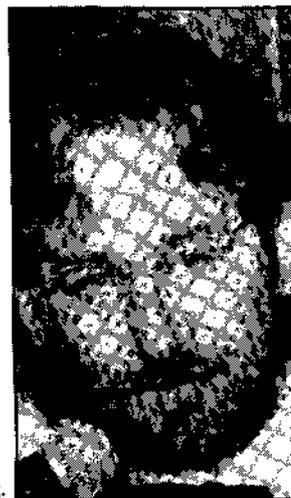
JORGE BERLANGA*

ON la «rentrée» otoñal finaliza una temporada cinematográfica para comenzar un nuevo ciclo

de estrenos. ¿Qué conclusiones se pueden sacar de este último año dentro del panorama que nos ofrecen las pantallas? Por un lado, se puede decir que todo cambia para que todo siga igual.

Los avances tecnológicos y los medios con que en la actualidad cuentan los cineastas no son garantía inmediata para hacer mejores películas. Las obras maestras escasean, dando a veces la razón al tópico de que cualquier tiempo pasado fue mejor. ¿Será mejor el cine de este año que el del próximo? Cualquiera sabe; De cualquier forma, podemos intentar hacer un análisis de los derroteros por los que se ha guiado la cinematografía en este ciclo 86-87. Este año sólo nos ha ofrecido Hollywood, como faro visible de las mayores producciones mundiales, atraviesa una época de crisis y replanteamientos. Tras una época en la que parecía que volvía a recuperar pasados esplendores, auspiciada por los éxitos de las películas de Lucas, Spielberg y todo el resto de una generación triunfante y espectacular, con sus productos como «La guerra de las galaxias», «Superman» o «En busca del arca perdida», cine que con medios ultramodernos y abundantes recursos monetarios recobraba la magia

Steven Spielberg.



arrebatadora de las cintas de antaño, envolviendo al espectador en un universo vertiginoso e irreflexivo, ha dejado paso a una nueva etapa más comedida, con una aparente revisión del camino a seguir. Parece ya agotada la moda de las historias galácticas. Una fórmula en su momento brillante y eficaz, tiene todo el aspecto de estar quemada y sin visos de renovación después de tanta secuela de similar factura. Este año sólo nos ha ofrecido como algo destacable «Misión, salvar la tierra», una continuación bastante mediocre de la saga de «Star Trek», dirigida por uno de sus actores, Leonard Nimoy, más conocido por Mr. Spock, el extraterrestre de las orejas puntiagudas. Cabe, pues, decir que las aventuras espaciales son un género en estos momentos gastado, tras unos años de apogeo. Lo mismo puede decirse de las aventuras exóticas en lejanos países, redicadas hábilmente en la pantalla por la agudeza de Spielberg y su Indiana Jones, y en la actualidad en sequía de interés por culpa de una legión de torpes

Madrid, 1958. Licenciado en Filosofía y Letras, tico de Cine.

imitadores. Todo pasa y todo queda, que diría el poeta. Pero aunque queden en el recuerdo, las modas en el cine no paran, y fluyen constantemente según los dictámenes de ese oráculo todopoderoso que es el interés comercial o, lo que es lo mismo, la aceptación del público.

Las corrientes hoy en día

Un fenómeno que parecía en principio de escasa importancia ha servido para desestabilizar las estructuras tótémicas de Hollywood. Durante muchos años los cineastas han considerado como dogma una regla de matemática simple: cuanto más dinero invertido en el producto, mejor acabado tendría éste y más garantías de obtener beneficios comerciales. Los directores, y no hay que irse muy lejos para comprobarlo, siempre han clamado por más medios para hacer sus películas y así poder desarrollar su talento de una manera más firme. Una superproducción de millones de dólares normalmente debe tener, como contrapartida, un éxito asegurado de taquilla, mucho más que una peliculita hecha con un presupuesto tirando a escaso. Pero de un tiempo a esta parte, un movimiento surgido en Nueva York frente a los poderosos estudios de California, integrado por jóvenes cineastas ajenos a la gran industria, ha dado al traste con las viejas reglas. Este cine, que se ha dado a llamar «Independiente», tiene como principal característica el estar hecho con

poco dinero, pero si corto es el pecunio, larga es la imaginación con que se suple. El éxito comercial de películas como «Choose me», de Alan Rudolph; «Buscando a Susan desesperadamente», de Susan Seidelman; o «Jo, qué noche», de Martin Scorsese, en plan desertor de la gran industria, ha demostrado que es posible triunfar comercialmente sólo con inteligencia y talento. Pequeñas comedias urbanas, con pocas pretensiones, escasos decorados y en las que la trama se basa en las relaciones entre unos personajes muy bien definidos y llevados con tino e ingenio gracias a unos guiones habitual y perfectamente cuidados y medidos, han conseguido situarse en los primeros lugares, en las preferencias de los espectadores de medio mundo, con lo cual se hace cierto el axioma que hasta hace poco parecía demasiado romántico, de que cuando existe verdadero talento y se sabe cómo utilizarlo, no hace falta una exhibición babilónica de medios para hacer buenas películas. Esto, por supuesto, ha trastocado muchos esquemas dentro de la producción, especialmente entre los grandes estudios de Hollywood, que entre otras cosas, con su política de golpe de talonario, se han apresurado a fichar a un buen número de estos nuevos cineastas, con lo que su «independencia» es ahora ya un poco dudosa.

Para averiguar el actual estado del cine americano, a remolque del cual va en gran medida el del resto del mundo, podemos echar un vistazo a los Osear de este año. Para empezar, la película triunfadora que se llevó el mejor palmares,



Clint Eastwood.

«Platoon», de Oliver Stone. Cabeza visible de una nueva moda dentro del cine de Estados Unidos, la revisión de la guerra del Vietnam. Parece que no sólo en España nos gusta recordar nuestras guerras pasadas. En la película de Stone se muestra el conflicto desde una óptica crítica, mostrando el campo de batalla no como escenario de actos heroicos, sino como dramático lugar donde arden todas las miserias humanas. La guerra es sucia, en un ambiente agobiante entre barrizales, los soldados se convierten en bestias. Es el análisis angustiado de la experiencia del combate. Tema que Stone conoce de primera mano por haber participado en aquel infierno bélico. En cierto modo, según ha confesado, es su propia historia. También la de muchos otros que no vivieron para contarla. Consigue recrear la atmósfera, manejar la acción, el sonido y los efectos especiales, de modo que introduce completamente al espectador dentro de la guerra, haciéndole sentir el ambiente agobiante, la asfixia y la desesperación de aquella locura criminal colectiva.

El tema del Vietnam parece ser un tema de primera magnitud dentro del cine de esta temporada. Hay quien sigue tratando sus secuelas desde un punto de vista militarista y heroico, como Sylvester Stallone con su saga de «Rambo», Clint Eastwood, con «El sargento de hierro», o el inefable Chuck Norris con subproductos del tipo de «Desaparecido en combate», pero lo que prima dentro del espíritu de los principales cineastas y en el del pueblo en general es la autocrítica, abominando de una gue-

rra en la que nunca debieron entrar. Dos de los más grandes directores de los últimos años, Stanley Kubrick y Francis Ford Coppola, se han apuntado a esta corriente de análisis bélico. Kubrick vuelve al cine con «La chaqueta metálica», una espectacular y agria mirada sobre la experiencia de unos jóvenes novatos en el campo de batalla, y Coppola, tras aquella obra maestra que supuso «Apocalypse Now», vuelve ocho años después sobre el tema de la guerra con «Jardines de piedra», un drama sobre la vida en la retaguardia. Así que este año parece que va a tener un lugar destacado en las pantallas el cine bélico. Eso sí, con un tratamiento diferente que aquellas inolvidables y heroicas películas con Errol Flynn o Henry Fonda como protagonistas.

La gran derrotada en la batalla de los Osear fue «La misión», de Roland Joffe, con lo que se demostró que las grandes producciones con todo a su favor de principio para lograr el éxito no ofrecen en estos momentos muchas garantías de obtener el espaldarazo del público. Magníficos paisajes, cuidado guión, buenos actores y ambientación perfecta en la recreación histórica, sólo sirvieron para conseguir un premio a la mejor fotografía. No parece que sea este el año de las costosas recreaciones históricas.

Mayor éxito tuvo Woody Allen con «Hannah y sus hermanas». Alien sigue fiel a sí mismo, superándose constantemente, y sus fieles seguidores se lo agradecen. Su aguda mirada sobre las relaciones humanas es cruda y a la vez tierna, llena de humor a la vez que de pesimismo. Sus guiones son estu-

pendos y sabe dirigir a sus actores como nadie. En este batiburrillo encantador de amoríos que se enlazan y desenlazan, están todos magníficos, pero obtuvieron su recompensa especial en forma de estatuilla un espléndido Michael Caine y esa revelación llamada Dianne West como mejor actriz secundaria.

El 87 ha sido el año de consagración de una nueva generación de actores y la confirmación de otros consagrados desde tiempo atrás. Paul Newman consiguió el Osear por «El color del dinero», más por toda una carrera que por su interpretación específica en la película. Marlee Matlin consiguió el de la mejor actriz por «Hijos de un dios menor», demostrando que el melodrama sigue vigente y que la fibra sensibilera siempre incita a premiar a aquellos que superan sus defectos físicos y logran triunfar. Por otro lado, en este año se han situado en lo más alto actores como Mickey Rourke, Mel Gibson, Tom Hanks, Tom Cruise o Nicolás Cage, junto a consagrados como Robert de Niro, William Hurt o el mismo Newman, y actrices como Kim Basinger, Debra Winger o Whoopi Goldberg, junto a Meryl Streep, Kathleen Turner o Diane Keaton.

También han desaparecido grandes mitos de la pantalla. Con Pola Negri se fue la última «vamp» del cine mudo. Con Fred Astaire, el gran bailarín que marcó toda una época. Dos directores geniales, cada uno en su estilo, Orson Welles o la inspiración insólita en la puesta en escena, y John Huston, la fuerza vibrante de un cine cargado de emoción y fuerza. También

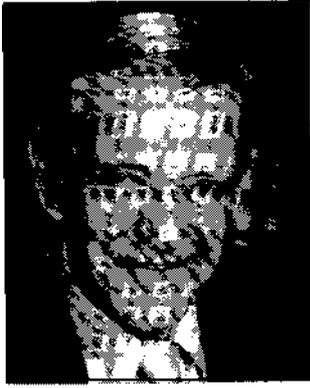
los tipos duros caen, y murió Lee Marvin, aquel entrañable solitario mal encarado que nació «bajo una estrella errante». Para finalizar este resumen del panorama internacional, destacar algunos puntos de interés, empezando por una película que ha sido calificada por la crítica de todo el mundo como una verdadera revelación, situándola entre lo mejor del año, y que ha sido refrendada por un gran éxito de público. Hablo de «Terciopelo azul», de David Lynch. Una obra absolutamente insólita y renovadora, donde elementos de surrealismo cotidiano dan una especial atmósfera de intriga a un «thriller» construido con sorprendentes recursos imaginativos, situando a Lynch como un genio fuera de lo común, que ha sabido combinar su extraño universo personal, que ya mostrara en su sorprendente ópera prima, «Cabeza borradora», con elementos claves para el éxito comercial. Tras el patinazo que supuso «Dune», más que nada por un mal planteamiento de producción, este cineasta ha demostrado que es uno de los grandes creadores de los últimos años, y su nombre sin duda tendrá que oírse mucho en lo futuro.



Kim Basinger.



Meryl Streep.



ed Astaire.



John Huston.

Por otro lado, hay que señalar los avances abracadabrantes que está consiguiendo el cine en el terreno de los efectos especiales. En películas como «Resonator» o «La mosca», estos efectos le roban protagonismo a la propia historia. Las técnicas avanzan a una velocidad de vértigo, convirtiendo el cine cada vez más en una fábrica de imposibles. Cosas que hace pocos años parecerían un milagro, se consiguen ahora como si fuera un juego de niños. Nadie sabe hasta dónde se podrá llegar en este campo de los trucos y hechizos, pero bienvenidos sean todo tipo de progresos, siempre que no se conviertan en la única razón de ser de la película, en detrimento de la coherencia narrativa, como está ocurriendo en muchos casos.

Acabando con el repaso internacional, hay que hablar de un cierto resurgimiento del cine inglés, con estupendas películas como «Mona Lisa», de Neil Jordán, una historia de intrigas urbanas llena de atmósfera y romanticismo; «Mi hermosa lavandería», de Stephen Frears, magnífica exposición cotidiana de la amistad entre dos hombres, o «Bailar con un extraño», de Mike Newell, recreación del Londres de los cincuenta rela-

tando un crimen pasional que le supuso la horca a la última mujer ejecutada en el Reino Unido. En lo que respecta al cine de otras nacionalidades, destacar la profunda caída del cine francés, lleno de productos para consumo propio sin ningún éxito en el extranjero. La palma de oro en el festival de Cannes de este año, «Sous le soleil de Satán», de Maurice Pialat, es un tostón que apenas se ha podido vender a unos pocos países. En cuanto al cine italiano, está en compás de espera, sufriendo una renovación con una nueva generación de directores cuyo fruto todavía ha de tardar un tiempo en madurar dentro del mercado internacional. Del resto de Europa siguen surgiendo películas aisladas sin que las diversas cinematografías tengan una continuidad de cara a la distribución en nuestro país. Por otro lado, habrá que esperar los resultados de la famosa «perestroika» en el cine soviético más reciente. La libertad suele hacer buenas migas con la creatividad, pero no es suficiente garantía si el talento no acompaña.

Cine español, punto y aparte

El cine español sigue en su eterna crisis. No consigue alzar el vuelo, puede que aquejado de cierta esclerosis de planteamientos. La política de subvenciones del Ministerio de Cultura sigue siendo argumento de batalla entre los diversos profesionales de cine del país. Hay dos bandos claros, cuyas posturas por otro lado son lógicas.

Los beneficiados por las subvenciones, por supuesto, piensan que el sistema es el idóneo y que si no, no habría manera de hacer cine, lo cual en muchos casos de determinados directores es completamente cierto, dado el nulo éxito comercial de sus obras. Por otro lado, están los que no ven un duro de los organismos oficiales, que se quejan de discriminación y denuncian la política de amiguismo que preside las juntas de calificación de proyectos en la dirección general de cine. No es raro que a los que mucho protestan se les acabe acallando concediéndoles finalmente la subvención que antes les era negada con ahínco, tal es el caso de Manuel Summers o José Luis Garci, antaño furibundos disidentes cuyas quejas han dejado de oírse tras recibir dinero oficial para producir sus películas «Sufre, mamón» y «Asignatura aprobada».

Pero el problema esencial de la cuestión sigue siendo la arbitrariedad con que se siguen otorgando estas ayudas, haciendo en ocasiones prestaciones muy considerables de dinero a proyectos poco claros, sin la adecuada garantía de amortización. Porque no hay que olvidar que según el decreto ley que pusiera en vigencia Pilar Miró, la subvención es sólo un préstamo a priori que el Estado hace al productor, que lo ha de devolver por medio de los beneficios que la película consiga en su exhibición comercial. Lo malo es que de estas películas subvencionadas, sólo un porcentaje muy bajo hasta el momento ha conseguido beneficios. Con lo cual, lo que sí cabe preguntarse es por qué una serie de directores cuyas pelícu-

las sólo han significado pérdidas para el Estado, siguen siendo subvencionados una y otra vez a fondo perdido, a costa del erario público. Sin duda, el cine español sufre en estos momentos una política confusa, aparte de que el cine subvencionado haya retraído la iniciativa de la producción privada, siendo conducido así a un dirigismo estatal de control artístico, que por otro lado siempre ha sido uno de los objetivos de la ideología socialista.

Los «Goya»

Como un hecho destacado dentro del panorama cinematográfico español de este año, hay que señalar la creación de una academia a imagen y semejanza de la que en Hollywood se encarga de la entrega anual de los Óscar. Constituida por profesionales del cine en todas sus ramas. Para no ser menos que los americanos, también se crearon unas estatuillas para premiar a lo más destacado de nuestro cine a lo largo del año. Los premios, llamados «Goya», eran un busto del célebre pintor de cuya coronilla salía una cámara de cine. Las estatuillas, hechas en bronce por el escultor Berrocal, ocasionaron algunos problemas a los premiados debido a su enorme peso. La ceremonia de entrega fue presidida por los Reyes de España, que tuvieron que aguantar durante horas cómo diversas figuras de nuestra cinematografía hacían un soberano ridículo sobre el escenario al entregar los diversos premios por culpa de un guión con chistes poco menos que estúpidos.

El caso es que, según la profesión, la mejor película del año fue «El viaje a ninguna parte», de Fernando Fernán Gómez, gran triunfador de la noche, pues también consiguió el premio a la mejor dirección, al mejor guión y a la mejor interpretación masculina, aunque él, haciendo gala de su particular idiosincrasia y carácter independiente, no quiso acudir a la ceremonia. Los premios no produjeron muchas sorpresas, ya que en este país suelen llevarse los siempre los mismos. El único poco habitual, pero desde luego merecido, fue el de mejor actriz a Amparo Rivelles, por su interpretación en «Hay que deshacer la casa». Como mejores secundarios, obtuvieron galardón Miguel Relian y Verónica Porqué, dos actores de moda en los últimos tiempos. El premio a la fotografía y a la ambientación fueron a parar a dos habituales como Teo Escamilla y Gerardo Vera.



«Luces de bohemia».

En lo que respecta al verdadero estado del cine español en el último año, hay que señalar una serie de puntos. En cuestión de temas a tratar, siguen predominando en las preferencias de la Administración y de muchos directores aquellos que versan sobre la guerra civil o la inmediata posguerra. A vuela pluma, se pueden destacar «El año de las luces», «El hermano bastardo de Dios», «La guerra de los locos», «Luna de lobos», «A los cuatro vientos», «Biba la banda» y unas cuantas que se quedan en el tintero. No importa que el interés que despiertan en el público sea escaso. Hay una generación que sigue obsesionada con la antigua contienda, en la que encuentran los temas de inspiración que no encuentran en la vorágine del presente. O como dice Benito Rabal, el director de «El hermano bastardo de Dios», «la guerra civil todavía no ha sido tratada lo suficiente. Hay infinidad de historias que contar. También los americanos hablan de sus guerras en sus películas. Aparte, es un tema que no se debe olvidar». Así está la cosa.

Otro tema muy grato para nuestros directores es la adaptación de novelas y clásicos teatrales. Se aprovecha la base literaria para adornarla con cuidadas imágenes y hacer así un supuesto cine de calidad. Lo malo es que el ritmo narrativo no siempre corresponde con el medido ritmo interior del precedente literario. En este apartado tenemos «Luces de Bohemia», «Tiempo de silencio», «La casa de Bernarda Alba», «Divinas palabras», «El bosque animado» o «No digas que fue un sueño».

Sin embargo, y como suele ser habitual, lo que verdaderamente triunfa es la comedia. El mayor éxito comercial del año lo ha conseguido Fernando Colomo con «La vida alegre», una comedieta de enredo de poco fuste pero que el público ha sabido agradecer, siendo la única película española que ha conseguido formar colas en taquilla, al igual que el año pasado lo hiciera «La corte del faraón», de José Luis García Sánchez. Jaime de Armiñán, por su parte, ha conseguido con «Mi general» una grata comedia de costumbres con su peculiar y fino estilo, esta vez introduciéndose en el mundillo de unos viejos generales a punto del retiro. En cuanto a Eloy de La Iglesia, con «La estanquera de Vallecas», reincide en su habitual farsa con tinte de denuncia, desmadrándose a pesar de partir de una buena obra teatral de Alonso de Santos. Algo para celebrar, el regreso de José Luis Borau, que con su «Tata mía» consigue una deliciosa película, llena de humor y fragancia de buen cine.

La modernidad sigue teniendo un reflejo vacilante en el cine español. Mientras en otras artes destacan nuestros jóvenes creadores, consiguiendo triunfar más allá de nuestras fronteras, en el mundo del celuloide siguen sin remontar el vuelo, quizá por falta de verdadero apoyo a nivel de producción, donde parece seguirse la máxima de «más vale malo conocido...». En todo caso, Pedro Almodóvar sigue siendo la cabeza visible de todo este movimiento, y con «La ley del deseo» ha conseguido una considerable aceptación pública y el reconocimiento en el extranjero. Otros

intentos, medianamente fallidos, de hacer un cine diferente han sido «Tras el cristal», de Agustí Villaronga, un morboso ejercicio dentro de relaciones sado-masoquistas, y «Angustia», de Bigas Luna, un intento de acercamiento al cine americano desde el terror y el drama psicológico.

Pero uno de los grandes problemas del cine español sigue siendo la ausencia de ventas en el extranjero. Muy pocas de nuestras películas interesan fuera. La mayoría de los críticos foráneos coinciden en calificarlo como «rancio», y esto, unido a una pobre política de promoción, por mucho bombo y platillo que se dé a las semanas de cine español en el extranjero, semanas más destinadas a solaz de la comitiva que a verdaderos contactos comerciales, aunque Fernando Méndez Leite ha demostrado un real interés en la instalación de oficinas de venta en diversos países, conduce a una necesidad de cambiar toda la política cinematográfica de nuestro país si queremos llegar a tener un cine competitivo en el exterior.



«Tata mía».



Gloria Swanson en «El crepúsculo de los dioses».

Las únicas que sí triunfan fuera son algunas de nuestras actrices, como Cristina Marsillach, Laura del Sol, Assumpta Serna o Victoria Abril, esta última en un momento dulce de su carrera, pues aparte de sus películas en el extranjero, ha rodado este año nada menos que cuatro en España: «Camina o revienta», de Vicente Aranda, sobre la biografía de El Lute; «Las pistolas», de Félix Rotaeta, basada en una novela del mismo; «Barrios Altos», ópera prima de José Luis García Berlanga, y «El juego más divertido», una disparatada comedia de Emilio Martínez Lázaro. Sin duda, puede calificarse este como su mejor año, y esperamos que las carreras del resto de nuestros profesionales prosperen como las de esta estu-penda actriz.

Para acabar, quiero dar un ejemplo de a lo que se puede llegar cuando se hacen bien las cosas y se tiene talento. De esto último les sobra a los hermanos Taviani, que han conseguido con dinero francés e italiano una obra maestra que deja chicas a las mejores producciones americanas, precisamente introduciéndose descaradamente en lo que fue la semilla del cine de Hollywood. En «Buenos días Babilonia», describen de una forma magistral lo que fue el rodaje de «Intolerancia», de David W. Griffith, con una ambientación perfecta que sitúa al espectador en el mismísimo nacimiento de la industria del cine, los Taviani han creado una película inolvidable, homenaje al cinematógrafo y a todos los que trabajan en él, como una defensa orgullosa de un oficio que nunca debe perder su grandeza.

Aunque el cine también viva de pasadas glorias y grandezas caídas, tema que supo retratar magistralmente Billy Wilder en «El crepúsculo de los dioses», que ahora se vuelve a estrenar, y donde Gloria Swanson tuvo el valor y la inteligencia de hacer una caricatura de sí misma interpretando a Norma Desmond, la vieja actriz acabada que vive en un mundo de recuerdos, olvidada por un mundo cruel de intereses comerciales que no duda en destruir a aquellos de los que se ha valido. Dos visiones del universo del cine. Lo grandioso y lo miserable al precio de una simple entrada de taquilla.